

V

Hablaban del Proceso en la librería de Paillot, los asiduos al rincón de los pergaminos y pastas viejas, y el señor Bergeret, que tenía el carácter especulativo, expresó ideas que no correspondían al sentimiento público.

—Las audiencias secretas—dijo—son una práctica detestable.

Y como el señor de Terremondre le opuso la razón de Estado, replicó:

—No tenemos Estado. Tenemos administraciones. Lo que llamamos la razón de Estado, es la razón de las oficinas. Nos dicen que es angusta. El caso es que le permite á la administración ocultar sus faltas y agravarlas.

El señor Mazure dijo con solemnidad:

—Soy republicano, jacobino terrorista... y patriota. Admito que guillotinen á los generales, pero no permito que se discutan las decisiones de la justicia militar.

—Tiene usted razón—dijo el señor de Terremondre—, pues si hay una justicia respetable, sin duda es esa. Y puedo asegurarles, yo que conozco el ejército, que no hay jueces tan indulgentes y tan bondadosos como los jueces militares.

—Me complace oírsele—repuso el señor Bergeret—. Pero siendo el ejército una administración, como la agricultura, la hacienda ó la instrucción

pública, no se concibe que exista una justicia militar, cuando no existen justicia agrícola, ni justicia hacendista, ni justicia universitaria. Toda justicia particular está en oposición con los principios del derecho moderno. Los privilegios militares parecerán á nuestros descendientes tan góticos y bárbaros como nos parecen á nosotros las justicias señoriales y las oficialidades.

—¿Habla usted en broma?—dijo el señor de Terremondre.

—Eso es lo que se ha dicho siempre á todos aquellos que predicen el porvenir—respondió el señor Bergeret.

—Pero, atacando á los consejos de guerra—exclamó el señor de Terremondre—, se acaba con el ejército, y, por consiguiente, se acaba con el país.

El señor Bergeret respondió:

—Cuando el clero y los señores se hallaron privados del derecho de ahorcar á los villanos, creyeron también que amenazaba el fin de todo. Pero vieron en seguida renacer un nuevo orden, mejor que el antiguo. Hablo de someter al soldado, en tiempo de paz, al derecho común. ¿Creen ustedes que desde Carlos VII, ó siquiera desde Napoleón, el ejército francés no ha sufrido mayores reformas que ésta?

—Yo—dijo el señor Mazure—soy un viejo jacobino; mantengo los consejos de guerra, y coloco á los generales bajo la autoridad de un comité de salud pública. No hay nada semejante para decidirlos á alcanzar victorias.

—Esa es otra cuestión—dijo el señor de Terremondre—. Vuelvo á lo que nos ocupa y pregunto al señor Bergeret si cree de buena fe que siete oficiales han podido equivocarse.

—¡Catorce!—exclamó el señor Mazure.

—¡Catorce!—replicó el señor de Terremondre.

—Ya lo creo—respondió el señor Bergeret.

—¡Catorce oficiales franceses!—exclamó el señor de Terremondre.

—¡Oh!—dijo el señor Bergeret—hubieran sido suizos, belgas, españoles, alemanes ó neerlandeses, y se hubieran equivocado lo mismo.

—No es posible—exclamó el señor de Terremondre.

El librero sacudió la cabeza, indicando que en su opinión no era posible. Y su dependiente León miró al señor Bergeret con indignada sorpresa.

—No sé si alguna vez esto se aclarará—dijo suavemente Bergeret—. No lo creo, aunque todo sea posible, hasta el triunfo de la verdad.

—¿Se refiere usted á la revisión?—dijo el señor de Terremondre—. ¡Eso nunca! No tendrán ustedes revisión. Sería la guerra. Tres ministros y siete diputados me lo han dicho.

—El poeta Bouchor—respondió el señor Bergeret—nos enseña que más vale sufrir los males de la guerra que cometer un acto injusto. Pero ustedes no están en esta alternativa, caballeros, y los espantan con embustes.

En el momento en que el señor Bergeret pronunciaba estas frases, un gran murmullo estalló

en la plaza. Era una muchedumbre de mozalbetes que pasaban gritando: «¡Abajo Zola, mueran los judíos!» Fueron á romper los cristales de casa del zapatero Meyer, al que se suponía israelita; y los burgueses de la ciudad lo miraban con benevolencia.

—¡Qué criaturas más atrevidas!—exclamó el señor de Terremondre, cuando los manifestantes hubieron pasado.

El señor Bergeret, con las narices metidas en un libro grande, pronunció lentamente estas palabras:

«La libertad no tenia entre sus partidarios más que un número infimo de personas instruidas. El clero, casi por completo, los generales, la plebe ignara y fanática, querian un amo.»

—¿Qué dice usted?—exclamó el señor Mazure agitado.

—Nada—contestó el señor Bergeret—. Leo un capítulo de la Historia de España. El cuadro de las costumbres públicas después de la restauración de Fernando VII.

El zapatero Mayer fué maltratado; pero no se quejó, temeroso de sufrir mayores atropellos, y porque la justicia popular, asociada á la del ejército, le inspiraba muda admiración.